

CRITIAS.

ARGUMENTO.

El *Critias* comienza *ex abrupto*. Puede decirse que el *Timeo* continúa en él sin interrupcion. El preámbulo, de que ningun diálogo de Platon carece, falta en éste. ¿Será porque el *Critias* apenas está comenzado y bosquejado? ¿Será, porque no es realmente otra cosa que la misma conversacion continuada por los mismos interlocutores, sin intervalo y sin reposo?

Las pocas páginas escritas por Platon pueden resumirse en muy pocas palabras. Critias, que sucede en el uso de la palabra á Timeo, se excusa, como éste, haciendo notar la dificultad que ofrece la materia. Despues de éste preliminar, comienza á referir la guerra que se suscitó en otro tiempo entre los pueblos situados más acá de las columnas de Hércules y los situados más allá de las mismas. Pero para despertar interés por este suceso, es preciso conocer los adversarios, es decir, los atenienses de aquellos tiempos y los habitantes de la Atlántida. Por lo pronto, describe los antiguos atenienses, su gobierno, su país, su ciudad. En seguida, describe los habitantes de la Atlántida, su origen, que se remonta hasta Neptuno, su isla y sus productos, sus reyes y sus gigantescos trabajos, su estado político, su organizacion y su poder militar; cómo fueron intachables en sus principios y cómo degeneraron despues, de tal manera, que Júpiter, irritado con sus crímenes, resolvió castigarlos, y para ello reunió los dioses en el santuario del cielo, en el centro del mundo, para darles á conocer sus irrevocables decretos. A este discurso está reducido el diálogo.

Este pequeño fragmento no bastaría para adivinar el objeto del *Critias*. Pero Platon lo ha indicado claramente en las primeras páginas del *Timeo*. En efecto, allí se dice: «Los ciudadanos y la ciudad que nos has presentado » ayer como una ficcion, nosotros los trasportaremos á la » realidad; colocaremos tu ciudad en esta antigua ciudad » ateniense; y declararemos que esos ciudadanos, que tú » has concebido, son verdaderamente nuestros antepasados, aquellos de que hablaba el sacerdote. Habrá un » perfecto acuerdo entre los unos y los otros; y no nos » separaremos de la verdad, si decimos que los ciudadanos » de tu república son los atenienses de los antiguos » tiempos.»

Estas palabras, sobre todo, si se tiene en cuenta el lugar en que se hallan, son perfectamente claras. Es evidente que Platon se proponia, al escribir el *Critias*, dar realidad al ideal de la *República*, y hacer así más sensibles con un ejemplo sus consideraciones teóricas, presentando á los antiguos atenienses como vencedores de los habitantes de la Atlántida.

Lo que Platon ha podido escribir de este diálogo en proyecto, ¿es muy interesante, al ménos bajo el punto de vista filosófico? No nos atrevemos á decirlo. Pero bien que sea difícil darse cuenta de lo que hubiera debido seguir y de los desenvolvimientos de un diálogo, cuyo objeto y detalles son de todo punto imaginarios, se puede, sin embargo, afirmar, bajo la fe del genio de Platon, que él habria podido ejecutar una obra de gran valor, quizá una obra maestra.

CRITIAS
ó
LA ATLÁNTIDA.

TIMEO.—CRITIAS.—SÓCRATES.—HERMÓCRATES.

TIMEO.

Cuán agradable me es, Sócrates, poder, como sucede después de un largo viaje, descansar anchamente al ver terminado este discurso. Yo suplico á ese Dios, cuya existencia es muy antigua, pero que en cierta manera acaba de nacer de nuestra misma conversacion, que si lo que hemos dicho ha sido oportuno, nos lo tome en cuenta; y que nos imponga el castigo á que nos hayamos hecho merecedores, si hemos pronunciado, sin quererlo, alguna palabra inconveniente. Pero ningun castigo más justo para el que se engaña, que ilustrarle. A fin, pues, de que en lo sucesivo nuestros razonamientos sobre la generacion de los dioses sean verdaderos, suplicamos á este dios, que nos conceda el mejor de los talismanes, el talisman por excelencia, la ciencia. Hecha esta invocacion, cedo la palabra á Critias, conforme á lo acordado.

La acepto, mi querido Timeo. Pero la misma indulgencia que has reclamado, cuando principiastes tu discurso, reclamo yo ahora. Querría alcanzarla mayor aún, atendido el objeto que debo tratar. No se me oculta que pueda tenerse por ambiciosa, y si se quiere, hasta por un poco inconveniente mi súplica; mas, sin embargo, estoy resuelto á hacerla. No se trata de negar las verdades, que tú nos has expuesto; ¿ni qué hombre sensato se atrevería á hacerlo? Pero debo esforzarme para convencerlos de que mi tarea es aún más difícil; y, por consiguiente, que tengo necesidad de mayor indulgencia.

Cuando se habla de los dioses á los hombres, mi querido Timeo, es infinitamente más fácil satisfacerlos, que cuando se les habla de los mortales, es decir, de ellos mismos. En efecto, la inexperiencia, ó más bien, la completa ignorancia de los oyentes, deja el campo libre al que quiere hablarles de cosas que ellos no conocen; y tratándose de los dioses, ya sabemos á qué atenernos (1). Concebireis más claramente esto, si fijais vuestra atención en lo que voy á decir. Nuestras palabras son necesariamente una imitación ó imagen de alguna cosa. Supóngase un pintor, que se proponga representar las cosas humanas ó las obras de la divinidad en general (2); desde luego vemos la facilidad ó dificultad que experimenta al imitar estos diversos objetos, para poder contentar al espectador. Si pinta la tierra, las montañas, los rios, los buques, el cielo entero y todo lo que él comprende, así como todo lo que en él se mueve, nos daremos desde luego

(1) Critias no tenía más fe en los dioses que en el alma espiritual. No veía en la religion otra cosa que una invencion de los legisladores para gobernar á los hombres.

(2) Es decir, la naturaleza propiamente dicha. Si esta interpretacion parece un poco sutil, téngase en cuenta que no es posible encontrar otra mejor sin corregir arbitrariamente los manuscritos.

por satisfechos, por poco que haya sido su arte y escasa la semejanza conseguida al reproducir estos objetos; y en tal caso, desprovistos nosotros de todos los conocimientos precisos, no pensamos en examinar nada, ni en criticar nada, y nos damos por satisfechos con un bosquejo incierto y engañoso. Pero que el pintor trace los rasgos de la humanidad, nuestros hechos propios, como el hábito de verlos nos los ha hecho familiares, notamos inmediatamente las más ligeras faltas, y nos convertimos en jueces severos del cuadro, si no ha reproducido su modelo con una completa fidelidad. Lo mismo sucede con los discursos. Cuando se trata de las cosas celestes y divinas, basta que se hable de ellas con alguna verosimilitud; pero cuando se trata de las cosas mortales y humanas, las examinamos con un espíritu riguroso. Por lo tanto, si á causa de que voy á hablar sin preparacion, se nota que se me escapa ó que incurro en alguna inexactitud, es preciso perdonárnela; porque no es fácil, y ántes bien es muy difícil, expresar las cosas que nos conciernen de una manera conveniente. No hay que olvidarse de esto.

Hé aquí, Sócrates, lo que deseaba recordaros. Hé aquí cómo queria reclamar para mi discurso, no un poco, sino un mucho de indulgencia. Mis palabras no tienen otro objeto; y si os parece que tengo algun derecho á exigirlos este favor, concedédmelo de buena voluntad.

SÓCRATES.

¿Por qué no concedértelo, Critias? Tambien habremos de dispensar la misma gracia á Hermócrates, que hablará el tercero. Porque es seguro que apenas le llegue el turno, nos hará la misma súplica que tú. Y para que piense en otro exordio, y no se crea obligado á repetir tus palabras, tenga entendido desde ahora, que le dispensamos la misma indulgencia. Por lo demás, te daré á conocer, mi querido Critias, las condiciones del público, á quien vas á dirigirte. El actor, que acaba de representar

su pieza, ha alcanzado un maravilloso éxito, y agotaremos toda nuestra benevolencia, para ponerte en estado de poder rivalizar con él.

HERMÓCRATES.

Me doy ya por prevenido, Sócrates, al mismo tiempo que Critias. Pero dime, Critias: ¿no sabes que jamás los cobardes alcanzaron trofeos? Así, pues, es preciso que marches de frente y que discurras con resolución; es preciso que después de haber invocado á Apolo y á las Musas, hagas la pintura de nuestros conciudadanos y celebres su valor.

CRITIAS.

Bien, mi querido Hermócrates; como tu vez no llegará hasta mañana, y otro debe aún precederte, te presentas ahora muy valiente, pero no tardarás en saber por tí mismo si la tarea es fácil. Sin embargo, no me haré sordo ni á tus exhortaciones ni á tus excitaciones, y sin olvidar las divinidades que acabas de nombrar, llamaré en mi auxilio á todas las demás y singularmente á Mnemosina; porque de ella depende la mayor parte de mi discurso. Si la memoria me acompaña; si puedo referiros fielmente las antiguas historias de los sacerdotes egipcios importadas á estos lugares por Solon, creo que mi público quedará convencido de que he cumplido mi deber. Es preciso, pues, entrar en materia sin más demora.

Ante todas cosas recordemos, que han pasado nueve mil años después de la guerra, que, según dicen, se suscitó entre los pueblos que habitan más acá y más allá de las columnas de Hércules. Es preciso que os dé una explicación de esta guerra desde el principio hasta el fin. De una parte estaba esta ciudad (1); ella tenía el mando y sostuvo victoriosamente la guerra hasta lo último. De la otra parte estaban los reyes de la isla Atlántida. Ya he-

(1) Es decir, la antigua Atenas.

mos dicho, que esta isla era en otro tiempo más grande que la Libia (1) y el Asia; pero que hoy día, sumergida por los temblores de tierra, no es más que un escollo que impide la navegacion y que no permite atravesar esta parte de los mares. En el curso de mi historia hablaré por su orden de todos los pueblos griegos y bárbaros que existian entónces, pero debo comenzar por los atenienses y por sus enemigos, y daros razon de sus fuerzas respectivas y de sus gobiernos. En su vista, pues, de nuestra ciudad es de la que debemos ocuparnos desde luego.

Los dioses dividieron entre sí en otro tiempo la tierra toda, comarca por comarca, y esto sin que se suscitara alguna querella, porque no puede admitirse racionalmente, ni que los dioses ignoraran lo que á cada uno de ellos convenia, ni que, sabiéndolo, se robaran los unos á los otros el lote que les pertenecia. Habiendo obtenido como resultado de la justicia y de la suerte lo que querian, se establecieron en cada país; y despues de haberse fijado en ellos, á la manera de lo que los pastores hacen con sus ganados, se consagraron á procurar el alimento y la educacion á los hombres, que eran á la vez sus hijos y su propiedad. Sin embargo, no emplearon la violencia como los pastores que castigan suavemente á su ganado para conducirle. Sabian que el hombre es un animal dócil, é imitando al piloto que conduce la nave, y sirviéndose de la persuasion como de un timon para mover el alma á su gusto, dirigieron y gobernaron así la raza toda de los mortales.

Así gobernaron las demás divinidades en los países que les tocaron en suerte. Pero Vulcano y Minerva, que tienen la misma naturaleza, como hijos que son de un mismo padre, y que están animados del mismo amor á las ciencias y á las artes, recibieron como lote en co-

(1) Es decir, el Africa.

mun nuestro país, que les convenia y se adaptaba maravillosamente á su virtud y á su sabiduría. De los indígenas hicieron hombres de bien, y pusieron en su corazon el amor al orden político. Los nombres de estos hombres se han conservado, pero el recuerdo de sus acciones ha perecido con la ruina de sus sucesores y con el trascurso de los tiempos. La única raza, que ha escapado á estos desastres, ya lo hemos dicho, es la que habita las montañas, y que, sin letras y sin cultura, sólo recordaba los nombres de los que habian sido dominadores del país, sin saber nada ó casi nada de sus grandes hechos. Haciéndolo por punto de honra dieron estos nombres á sus hijos; pero en cuanto á las virtudes y á las instituciones de sus antepasados, sólo conocian lo que les habia sido transmitido por una oscura tradicion. Dada la escasez de subsistencias para el sostenimiento de la vida, escasez que duró por espacio de muchas generaciones; ocupados ellos y sus hijos en procurarse la satisfaccion de sus necesidades, y entregado el espíritu á este solo objeto, para nada se cuidaron de los sucesos, que en otro tiempo se habian realizado. El estudio y la historia de las cosas antiguas se introdujeron con el ocio en las ciudades, cuando cierto número de ciudadanos, teniendo aseguradas las cosas necesarias para la vida, no tuvieron despues que preocuparse bajo este punto de vista. Y hé aquí como los nombres de los antiguos héroes se han conservado sin el recuerdo de sus acciones. Lo que me autoriza á hablar así, es que los nombres de Cécrope, de Erecteo, de Erictonio, de Erisicton y de muchos otros, que remontan más allá de Teseo, son precisamente aquellos de que, segun la relacion de Solon, se servian los sacerdotes egipcios, cuando le refirieron esta guerra. Lo mismo sucede con respecto á los nombres de mujeres. Los trabajos de la guerra eran entonces comunes á las mujeres y á los hombres, y por esta causa la diosa era representada en sus imágenes y en sus está-

tuas con una armadura; era como una advertencia, para indicar que desde el momento en que el varon y la hembra están destinados á vivir juntos, la naturaleza ha querido que pudiesen ejercer igualmente las facultades, que son el atributo de su especie.

Diferentes clases de ciudadanos, entregados á los oficios mecánicos y á la agricultura, habitaban entónces nuestro país; la de los guerreros, separada desde el principio de las demás, como hombres divinos, habitaba aparte. Provistos de todas las cosas necesarias á su subsistencia y á la educacion de sus hijos, estos guerreros no poseian nada en particular; consideraban todos los bienes como pertenecientes á todos; no exigian de los demás ciudadanos más que lo que justamente necesitaban para vivir, y desempeñaban con el mayor esmero las funciones diarias del Estado, tales como las hemos concebido. Y tambien se dice como muy probable y quizá verdadero, que nuestro país en aquel tiempo tenia por límites el istmo (1) por una parte, y por otra los montes Citeron (2) y Parnaso (3), abrazando toda la parte del continente comprendida en este intervalo; que de aquí descendia, por la derecha, hasta Oropo (4), y por la izquierda, hácia el mar, hasta el rio Asopo (5); estos eran sus límites extremos. Sobresalia entre todos los demás países por su fertilidad, lo cual le hacia capaz de sostener un numeroso ejército, compuesto de pueblos vecinos dependientes de nosotros. Es este un testimonio imponente de su fecundidad. Y, en efecto, lo que subsiste aún de esta dichosa tierra, no tiene igual en cuanto á la diversidad

(1) Lengua de tierra en medio del mar, que une la Acaya al Peloponeso. (Escoliasta).

(2) Montaña de Beocia.

(3) Montaña situada entre el Atica y la Beocia

(4) Ciudad de Beocia.

(5) Rio de Beocia.

de producciones, excelencia de frutos y abundancia de pastos.

Tales eran entónces la belleza y la riqueza del Atica. ¿Podriais creerlo? ¿Ni cómo puede formarse una idea de lo que fué, por lo que es? Toda el Atica se desprende en cierta manera del continente, se mete por el mar y se parece á un promontorio. El mar que la envuelve, como si estuviera colocada en una vasija, es por todas partes muy profundo. En medio de las numerosas y terribles inundaciones que han tenido lugar durante nueve mil años, porque nueve mil años han pasado desde aquella época, las tierras, que estas revoluciones arrastraban desde las alturas, no se amontonaban en el suelo, como en otros países, sino que, rodando sobre la ribera, iban á perderse en las profundidades del mar. De suerte que, como sucede en las islas poco extensas, nuestro país, comparado con lo que era, se parece á un cuerpo demacrado por la enfermedad; escurriéndose por todas partes la tierra vegetal y fecunda, sólo nos quedó un cuerpo descarnado. Pero ántes el Atica, cuyo suelo no habia experimentado ninguna alteracion, tenia por montañas altas colinas; las llanuras, que llamamos ahora campos de Felleo (1), estaban cubiertas de una tierra abundante y fértil; los montes estaban llenos de sombríos bosques, de los que aún aparecen visibles rastros. Las montañas, donde sólo las abejas encuentran hoy su alimento, en un tiempo no muy lejano estaban cubiertas de árboles poderosos, que se cortaban para levantar vastísimas construcciones, muchas de las cuales están aún en pié. Encontrábanse tambien allí árboles frutales de mucha elevacion y extensos pastos para los ganados. Las lluvias, que se alcanzaban de Júpiter cada año, no se perdian sin utilidad, corriendo de la tierra estéril al mar; por el contrario, la tierra,

(1) Era, dice el Escoliasta, una llanura árida y pedregosa.

despues que venian á ella abundantemente, las conservaba en su seno, las tenia en reserva entre capas de arcilla; las dejaba correr desde las alturas á los valles, y se veian por todas partes miles de fuentes, de rios y de cáuces de agua. Los monumentos sagrados, que se encuentran aún junto á los antiguos lechos de los rios, atestiguan la verdad de mis palabras. Hé aquí lo que eran por naturaleza nuestros campos; los que los cultivaban, eran sin duda verdaderos labradores, entregados exclusivamente á sus labores, amigos del bien, de un natural excelente, y poseedores de una tierra fértil, regada por aguas abundantes y favorecida con el más benigno de los climas.

En cuanto á la ciudad, ved la manera con que se gobernaba en aquel tiempo. En primer lugar, la Acrópolis (1) estaba muy distante de tener el aspecto que hoy tiene. En una sola noche torrentes de lluvia arrastraron las tierras con que estaba revestida, y la dejaron desnuda y despojada, en medio de temblores de tierra y de una inundacion, que es la tercera ántes del diluvio de Deucalion. Pero ántes, en otra época, era tal la extension de la Acrópolis, que se extendia hasta el Heridan (2) y el Iliso (3), comprendia el Pnyx (4) y tenia el Licabete (5) por límite por el lado opuesto al Pnyx. Estaba cubierta de una espesa capa de tierra, y, fuera de algunos puntos, presentaba en las alturas una llanura no interrumpida. Estaba habitada, á los costados segun se bajaba, por ar-

(1) Literalmente, la ciudad elevada. En ella estaba la ciudadela de Atenas, la Atenas de la historia.

(2) Rio del Atica.

(3) Rio tambien del Atica.

(4) Plaza de Atenas donde tuvieron lugar al principio las asambleas del pueblo.

(5) Montaña del Atica que debe su nombre al gran número de lobos (λύκοις) que la poblaban.

tesanos y labradores, que cultivaban los campos vecinos. En la altura sólo vivía la clase de los guerreros alrededor del templo de Minerva y de Vulcano, después de haber rodeado esta meseta con un solo vallado, como se hace con el jardín de una sola familia. Habitaban en común en casas situadas á la parte del Norte; en invierno tenían salas donde comían juntos; y tenían todo lo que reclama la vida en común, sea con relación á las habitaciones de los ciudadanos, sea con respecto á los templos de los dioses, á excepción del oro y de la plata de que no hacían ningún uso. Vivían tan lejos de la opulencia como de la pobreza; habitaban casas decentes, donde vegetaban ellos y los hijos de sus hijos, y las trasmitían sucesivamente tales como las habían recibido á hijos semejantes á sus padres. La parte meridional de la Acrópolis estaba destinada á jardines, gimnasios, salas de refectorio, que dejaban de ocupar durante el estío. En el punto, que ocupa hoy la Acrópolis (1), manaba una fuente; y así como ahora sólo salen de ella pobres arroyos por uno ú otro lado, entonces suministraba una agua abundante, tan saludable en invierno como en verano, pero que desapareció á consecuencia de los temblores de tierra. Tal era el género de vida de estos guardas de sus propios conciudadanos, de estos jefes respetados por los demás griegos. Procuraban tener siempre á su disposición, en cuanto fuese posible, un número igual de hombres y mujeres en estado de llevar ya las armas y poderlas llevar aún, es decir, veinte mil.

Hé aquí cómo gobernaban según las reglas de la justicia su ciudad y la Grecia; hé aquí lo que eran estos hombres, celebrados y admirados de toda la Europa y de toda el Asia por la belleza de sus cuerpos y por las virtudes de todos géneros, que adornaban sus almas. Pero ¿quiénes eran sus enemigos, remontando hasta el origen

(1) Es decir, la ciudadela.

de su historia? Esto es, amigos míos, lo que voy á exponeros y daros á conocer, si es que no se ha borrado en mí el recuerdo de las cosas que oí contar cuando era jóven.

Antes de entrar en materia, debo hacer os una prevención. No os sorprendais al oirme muchas veces dar nombres griegos á los bárbaros, pues ved la razon que tengo para hacerlo. Cuando Solon pensaba consignar esta relacion en sus poemas, quiso conocer la significacion de los nombres, y encontró que los egipcios, primeros autores de esta historia, los habian traducido á su propia lengua; y el mismo Solon, á su vez, buscando el sentido de cada nombre, le escribió en la nuestra. Estos manuscritos de Solon estaban en poder de mi abuelo y ahora los poseo yo, que los he estudiado mucho siendo jóven. Y así, si me oís pronunciar nombres griegos, no os sorprendais, puesto que ya sabeis la razon. Esta larga historia comenzaba poco más ó ménos de la manera siguiente:

Ya dijimos ántes, que los dioses echaron suertes sobre las diferentes partes de la tierra; que los unos obtuvieron un territorio grande, otros uno pequeño, y que todos establecieron templos y sacrificios. Neptuno, á quien correspondió la Atlántida, colocó en una parte de esta isla los hijos que habia tenido de una mortal. Esta parte era una llanura situada no lejos del mar, hácia el medio de la isla, la más bella, segun se dice, y la más fertil de las llanuras. A cincuenta estadios poco más ó ménos de esta llanura, tambien en medio de la isla, habia una montaña muy poco elevada. Allí habitaba uno de estos hombres, que en el origen de las cosas nacieron de la tierra, Evenor, con su mujer Leucipa. Estos engendraron una sola hija, llamada Clito, que era nubil, cuando murieron sus padres; y con la que se casó Neptuno, que se enamoró de ella. La colina (1), donde vivia Clito, fué

(1) Es decir, la montaña poco elevada, de que acaba de hablarse.

fortificada por Neptuno, que la aisló de todo lo que la circundaba. Hizo muros y fosos con tierra y agua del mar alternativamente, unos más pequeños, otros más grandes, dos de tierra y tres de agua, ocupando el centro de la isla, de manera que todas sus partes se encontraran á igual distancia del mismo. La hizo por lo tanto inaccesible, porque entónces nõ se conocian ni las naves ni el arte de conducir las. Como era un dios, le fué fácil ordenar y embellecer esta nueva isla, formada en medio de la otra, haciendo que salieran del suelo dos manantiales, uno caliente y otro frio; y que produjera la tierra alimentos variados y abundantes. Tuvo sucesivamente de Clito cinco parejas de hijos, todos varones y mellizos, y los educó. Dividió toda la isla Atlántida en diez partes; dió al hijo mayor de los primeros gemelos la estancia de su madre con toda la campiña circundante, que era la más vasta y la más rica de toda la isla, y le hizo rey de todos sus hermanos. Entre estos eligió jefes, y dió á cada uno de ellos el gobierno sobre un crecido número de hombres y una gran extension de territorio. Todos ellos recibieron un nombre. El hijo mayor, el rey, de quien la isla y este mar, llamado Atlántico, han tomado su nombre, por haber sido el primero que reinó en ella, fué llamado Atlas. A su hermano gemelo le tocó la extremidad de la isla, hácia las columnas de Hércules, la parte del país que se llama Gadirica, que se llamó en griego Eumeles y en la lengua indígena Gadir, donde tiene su origen el nombre de este país. Los hijos de la segunda pareja se llamaron Amferes y Euemon; los terceros, Mneseo, el mayor, y el otro Autóctono; los cuartos, Elasipo el primero y el segundo Mestor; y en fin, los quintos Azaes y Diaprepes.

Estos hijos de Neptuno y sus descendientes habitaron en este país durante muchas generaciones; sometieron en estos mares otras muchas islas, y extendieron su dominacion más allá, segun hemos dicho, hasta el Egipto y la

Tirrenia. La posteridad de Atlas continuó siendo siempre muy respetada; el mayor en edad era el rey y trasmitia su autoridad al mayor de sus hijos, de suerte que conservaron el reinado en su familia durante largos años. Era tal la inmensidad de riquezas, de que eran poseedores, que ninguna familia real ha poseido ni poseerá jamás una cosa semejante. Todo lo que la ciudad y los otros países podian suministrar, todo lo tenian ellos á su disposicion.

Gracias á su poder, eran importadas muchas cosas en la isla, si bien producía ésta las que son necesarias á la vida, y por lo pronto los metales, ya fueran sólidos ó fusibles, y hasta aquel del cual sólo conocemos el nombre, pero que en la isla existía realmente, extrayéndose de mil parajes de la misma, el *oricalco* (1), que era entónces el más precioso de los metales despues del oro. La isla suministraba en abundancia todos los materiales de que tienen necesidad las artes, y mantenía un gran número de animales salvajes y domesticados, y se encontraban entre ellos muchos elefantes. Todos los animales tenían pasto abundante, lo mismo los que vivían en los pantanos, en los lagos y en los rios, como los que habitaban las montañas y llanuras, y lo mismo el elefante que los otros, á pesar de su magnitud y de su voracidad. Además de esto, todos los perfumes que la tierra produce hoy, en cualquier lugar que sea, raíces, yerbas, plantas, jugos destilados por las flores ó los frutos, se producían y criaban en la isla. Asimismo los frutos blandos (2) y los duros (3), de que nos servimos para nuestro alimento; todos aquellos con que condimentamos las viandas y que generalmente llamamos legumbres; todos estos frutos leñosos

(1) Hidrocarbonato de cobre y de zinc, conocido por los antiguos con el nombre de oricalco. Es verdoso, amorfo, granujiento, poco trasparente y poco duro.

(2) La vid. (Cousin.)

(3) El trigo. (Cousin.)

que nos suministran á la vez brebajes, alimentos y perfumes (1); todos esos frutos de corteza con que juegan los niños y que son tan difíciles de conservar (2); y todos los frutos sabrosos que nos servimos á los postres para despertar el apetito cuando el estómago está saciado y fatigado; todos estos divinos y admirables tesoros se producian en cantidad infinita en esta isla, que florecia entonces en algun punto á la luz del sol. Utilizando, pues, todas estas riquezas de su suelo, los habitantes construyeron templos, palacios, puertos, dársenas para las naves, y embellecieron toda la isla en la forma siguiente:

Comenzaron por echar puentes sobre los fosos circulares, que llenaba la mar, y que rodeaban la antigua metrópoli, poniendo así en comunicacion la estancia real con el resto de la isla. Muy al principio construyeron este palacio en el punto mismo donde habian habitado el dios y sus antepasados. Los reyes, al trasmitírsele, no cesaron de añadir nuevos embellecimientos á los antiguos, haciendo cada cual los mayores esfuerzos para dejar muy atrás á sus predecesores; de suerte que no se podia, sin llenarse de admiracion, contemplar tanta grandeza y belleza tanta.

A partir desde el mar abrieron un canal de tres arpentos de ancho, de cien piés de profundidad y de una extension de cincuenta estadios, que iba á parar al recinto exterior; hicieron de suerte que las embarcaciones que vienesen del mar pudiesen entrar allí como en un puerto, disponiendo la embocadura de modo que las más grandes naves pudiesen entrar sin dificultad. En los cercos de tierra, que separaban los cercos de mar, al lado de los puentes, abrieron zanjas bastante anchas, para dar paso á una trirreme: y como de cada lado de estas zanjas los

(1) ¿Serán los frutos del coco? (Cousin.)

(2) Las nueces, al parecer.

diques se levantaban á bastante altura por cima del mar, unieron sus bordes con techumbre, de suerte que las naves las atravesaban á cubierto. El mayor cerco, el que comunicaba directamente con el mar, tenia de ancho tres estadios, y el de tierra contiguo tenia las mismas dimensiones. De los dos cercos siguientes, el del mar tenia dos estadios de ancho, y el de tierra tenia las mismas dimensiones que el precedente. En fin, el que rodeaba inmediatamente la isla interior, tenia de ancho un estadio solamente. En cuanto á la isla interior misma, donde se ostentaba el palacio de los reyes, su diámetro era de cinco estadios. El ámbito de esta isla, los recintos y el puerto de los tres arpentos de ancho, todo estaba revestido en derredor con un muro de piedra. Construyeron torres y puertas á la cabeza de los puentes y á la entrada de las bóvedas, por donde pasaba el mar. Para llevar á cabo todas estas diversas obras, arrancaron alrededor de la isla interior y en cada lado de las murallas, piedras blancas, negras y encarnadas. Arrancando así aquí y allá, abrieron en el interior de la isla dos receptáculos profundos, que tenian la misma roca por techo. De estas construcciones, unas eran sencillas; otras, formadas de muchas especies de piedras y agradables á la vista, tenian todo el buen aspecto de que eran naturalmente capaces. Cubrieron de bronce, á manera de barniz, el muro del cerco exterior en toda su extension; de estaño, el segundo recinto; y la Acrópolis misma, de *oricalco*, que relumbraba como el fuego. En fin, ved cómo construyeron el palacio de los reyes en el interior de la Acrópolis.

En medio se levantaba el templo consagrado á Clito y á Neptuno, lugar imponente, rodeado de un muro de oro, donde en otro tiempo habian ellos engendrado y dado á luz los diez jefes de las dinastías reales. A este sitio concurrían todos los años de las diez provincias del imperio á ofrecer á estas dos divinidades las primicias de los frutos de la

tierra. El templo sólo tenía un estadio de longitud, tres arpentos de anchura, y una altura proporcionada; en su aspecto había un no sé qué de bárbaro. Todo el exterior, estaba revestido de plata, fuera de los extremos, que eran de oro. Por dentro, la bóveda, que era toda de marfil, estaba adornada de oro, plata y *oricalco*. Los muros, las columnas, los pavimentos, estaban revestidos de marfil. Se veían estatuas de oro, siendo de notar la del dios (1), de pié sobre su carro, conduciendo seis corceles alados, tan alto, que su cabeza tocaba á la bóveda del templo, y rodeado de cien nereidas sentadas sobre delfines. Se creía entónces, que tal era el número de estas divinidades. A esto se agregaban un gran número de estatuas, que eran ofrendas hechas por particulares. Alrededor del templo, en la parte exterior, estaban colocadas las estatuas de oro de todas las reinas y de todos los reyes descendientes de los diez hijos de Neptuno, así como otras mil ofrendas de reyes y de particulares, ya de la ciudad, ya de países extranjeros, reducidos á la obediencia. Por su grandeza y por su trabajo, el altar estaba en armonía con estas maravillas; y el palacio de los reyes era tal cual convenia á la extension del imperio y á los ornamentos del templo. Dos fuentes, una caliente, otra fria, abundantes é inagotables, gracias á la suavidad y á la virtud de sus aguas satisfacian admirablemente todas las necesidades; en las cercanías de las casas se encontraban árboles, que mantenian la frescura; depósitos de agua á cielo abierto, y otros cubiertos con su techumbre para tomar baños calientes en invierno, aquí los de los reyes, allí los de los particulares, en otra parte los de las mujeres; y otros, en fin, destinados á caballos y en general á las bestias de carga, adornados todos y decorados segun su destino. El agua, que salia de aquí, iba á regar el bosque de

(1) Neptuno.

Neptuno, donde árboles de una magnitud y de una belleza en cierta manera divina se ostentaban sobre un terreno fértil y vegetal; y pasaba despues á los cercos exteriores por acueductos abiertos en la direccion de los puentes. Numerosos templos, consagrados á varias divinidades; muchos jardines; gimnasios para los hombres; hipódromos para los caballos; todo esto habia sido construido en cada uno de los cercos ó murallas (1) que formaban como islas. Era de notar, sobre todo en el centro de la mayor de estas islas, un hipódromo de un estadio de largo, que en su longitud abrazaba toda la vuelta de la isla, y donde se presentaba vasto campo para la carrera de los caballos y para la lucha. A derecha é izquierda habia cuarteles destinados á la mayor parte de la gente armada; las tropas, que inspiraban más confianza, se alojaban en la más pequeña de las murallas, que era tambien la más próxima á la Acrópolis; y en fin, la tropa de más confianza vivía en la Acrópolis misma cerca de los reyes. Las dársenas para las naves estaban llenas de triremes y de todos los aparatos que reclaman estas embarcaciones; y estaba todo en perfecto orden.

Hé aquí cómo estaba dispuesto todo alrededor del palacio de los reyes. Más allá, y á la parte exterior de los tres puertos, un muro circular comenzaba en el mar, seguía el curso del mayor cerco y del mayor puerto á una distancia de cincuenta estadios, y volvía al mismo punto, para formar la embocadura del canal situado hácia el mar. Multitud de habitaciones, próximas las unas á las otras, llenaban este intervalo; el canal y el puerto rebosaban de embarcaciones y mercaderes, que llegaban de todas las partes del mundo, y de esta muchedumbre nacia dia y noche un ruido de voces y un tumulto continuos.

Creo haber referido fielmente en este momento lo que cuenta la tradicion sobre esta ciudad, antigua estancia de

(1) De tierra, separados por cercos de agua ó fosos.

los reyes. Ahora necesito exponer lo que la naturaleza hizo en el resto de este país, y las bellezas que le añadió el arte.

Por lo pronto, se dice que el suelo estaba muy elevado sobre el nivel del mar, y las orillas de la isla cortadas á pico; que alrededor de la ciudad se extendía una llanura que la rodeaba, y que esta misma estaba rodeada de montañas, que se prolongaban hasta el mar; que esta llanura era plana y uniforme y prolongada, y que tenía de un lado tres mil estadios, y del mar al centro más de dos mil. Esta parte de la isla miraba al Mediodía, y no tenía nada que temer de los vientos del Norte. Eran objeto de alabanza las montañas que formaban como una cintura, y excedían en número, en grandor y en belleza á todas las que se conocen hoy día. Abrazaban ricas y populosas poblaciones, rios, lagos, praderías, donde los animales salvajes y domesticados encontraban un abundante alimento, así como encerraban numerosos y vastos bosques, donde las artes encontraban materiales de toda especie para obras de todas clases.

Tal era esta llanura, gracias á los beneficios de la naturaleza y á los trabajos de gran número de reyes durante un largo trascurso de tiempo. Tenía la forma de un cuadrilongo recto y prolongado, y si faltaban estas condiciones en algun punto, esta irregularidad había sido corregida al trazar el foso que la rodeaba. En cuanto á la profundidad, anchura y longitud de este foso es difícil creer lo que se cuenta, cuando se trata de un trabajo hecho por la mano del hombre, y si se compara con las demás obras del mismo género; sin embargo, es preciso que os repita lo que he oido decir. Estaba abierto hasta la profundidad de un arpeno; tenía de ancho un estadio, rodeaba toda la llanura, y no tenía de largo ménos de diez mil estadios. Recibía todos los cáuces de agua, que se precipitaban de las montañas, rodeaba la llanura, tocaba

en la ciudad por sus dos extremidades, y de allí iba á desembocar en el mar. Del borde superior de este foso, partian otros de cien piés de ancho, que cortaban la llanura en línea recta y volvian al mismo foso, al aproximarse al mar; estos fosos particulares distaban entre sí cien estadios. Para trasportar por agua las maderas de las montañas y los diversos productos de cada estacion á la ciudad, hicieron que los fosos comunicaran entre sí y con la ciudad misma por medio de canales abiertos trasversalmente. Notad que la tierra daba dos cosechas por año, porque era regada en invierno por las lluvias de Júpiter, y en verano era fecundada por el agua de los estanques.

El número de soldados, con que debian contribuir los habitantes de la llanura que estuvieran en estado de llevar las armas, se habia fijado de esta manera. Cada division territorial, debia elegir un jefe. Cada division tenia una extension de cien estadios, y habia sesenta mil de estas divisiones. En cuanto á los habitantes de las montañas y de las otras partes del país, la tradicion cuenta que eran infinitos en número; fueron distribuidos, segun las localidades y las poblaciones, en divisiones semejantes, cada una de las que tenia un jefe. El jefe debia suministrar, en tiempo de lucha la sexta parte de un carro de guerra, de manera que se reunieran diez mil; dos caballos con sus jinetes, un tiro de caballos, sin carro; un combatiente armado con un pequeño broquel; un jinete para conducir dos caballos; infantes pesadamente armados, arqueiros, honderos, dos de cada especie; soldados armados á la ligera ó con piedras ó con azagayas, tres de cada especie; cuatro marinos para maniobrar en una flota compuesta de mil doscientas naves. Tal era la organizacion de las fuerzas militares en la ciudad real. Respecto á las otras nueve provincias, cada una tenia la suya, y nos extendieramos demasiado, si habláramos de ello.

En cuanto al gobierno y á la autoridad, hé aquí el ór-

den que se estableció desde el principio. Cada uno de los diez reyes tenia en la provincia, que le habia correspondido y en la ciudad en que residia, todo el poder sobre los hombres y sobre la mayor parte de las leyes, imponiendo penas y la muerte á su capricho. En cuanto al gobierno general y á las relaciones de los reyes entre sí, las órdenes de Neptuno eran su regla. Estas órdenes les habian sido trasmitidas en la ley soberana ; los primeros de ellos las habian gravado en una columna de oricalco, levantada en medio de la isla en el templo de Neptuno. Los diez reyes se reunian sucesivamente el quinto año y el sexto, alternando los números par é impar. En estas asambleas discutian los intereses públicos, averiguaban si se habia cometido alguna infraccion legal, y daban sus resoluciones. Cuando tenian que dictar un fallo, ved como se aseguraban de su fe recíproca.

Despues de dejar en libertad algunos toros en el templo de Neptuno, los diez reyes quedaban solos y suplicaban al dios, que escogiera la víctima que fuese de su agrado, y comenzaban á perseguirlos sin otras armas que palos y cuerdas. Luego que cogian un toro, le conducian á la columna y le degollaban sobre ella en la forma prescrita. Además de las leyes estaba inscripto en esta columna un juramento terrible é imprecaciones contra el que las violase. Verificado el sacrificio y consagrados los miembros del toro segun las leyes, los reyes derramaban gota á gota la sangre de la víctima en una copa, arrojaban lo demás en el fuego, y purificaban la columna. Sacando en seguida sangre de la copa con un vaso de oro, y derramando una parte de su contenido en las llamas, juraban juzgar segun las leyes escritas en la columna, castigar á quien las hubiere infringido, hacerlas observar en lo sucesivo con todo su poder, y no gobernar ellos mismos ni obedecer al que no gobernase en conformidad con las leyes de su padre. Despues de haber pronunciado

estas promesas y juramentos por sí y por sus descendientes; despues de haber bebido lo que quedaba en los vasos y haberlos depositado en el templo del dios, se preparaban para el banquete y otras ceremonias necesarias. Llegada la sombra de la noche y extinguido el fuego del sacrificio, despues de vestirse con trajes azulados y muy preciosos, y de haberse sentado en tierra al pié de los últimos restos del sacrificio, cuando el fuego estaba extinguido en todos los puntos del templo, dictaban sus juicios ó eran ellos juzgados, si alguno habia sido acusado de haber violado las leyes. Dictados estos juicios, los inscribian, al volver de nuevo el dia, sobre una tabla de oro, y la colgaban con los trajes en los muros del templo, para que fueran como recuerdos y advertencias.

Además habia numerosas leyes particulares relativas á las atribuciones de cada uno de los reyes. Las principales eran: no hacerse la guerra los unos á los otros; prestarse recíproco apoyo en el caso de que alguno de ellos intentase arrojar á una de las razas reales de sus Estados; deliberar en comun, á ejemplo de sus antepasados, sobre la guerra y los demás negocios importantes, dejando el mando supremo á la raza de Atlas. El rey (1) no podia condenar á muerte á ninguno de sus parientes (2), sin el consentimiento de la mayoría absoluta de los reyes.

Tal era el poder, el formidable poder, que en otro tiempo se creó en este país, y que la divinidad, segun la tradicion, volvió contra el nuestro por la razon siguiente.

Durante muchas generaciones, mientras se conservó en ellas algo de la naturaleza del dios á que debian su orí-

(1) Es decir, el que tenia el mando supremo, el rey de los reyes.

(2) Es decir, los otro nueve reyes.

gen, los habitantes de la Atlántida obedecieron las leyes que habian recibido y respetaron el principio divino, que era comun á todos. Sus pensamientos eran conformes á la verdad y de todo punto generosos; se mostraban llenos de moderacion y de sabiduría en todas las eventualidades, como igualmente en sus mútuas relaciones. Por esta razon, mirando con desden todo lo que no es la virtud, hacian poco aprecio de los bienes presentes, y consideraban naturalmente como una carga el oro, las riquezas y las ventajas de la fortuna. Léjos de dejarse embriagar por los placeres, de abdicar el gobierno de sí mismos en manos de la fortuna, y de hacerse juguete de las pasiones y del error, sabian perfectamente que todos los demás bienes acrecen cuando están de acuerdo con la virtud; y que, por el contrario, cuando se los busca con demasiado celo y ardor perecen, y la virtud con ellos. Mientras los habitantes de la Atlántida razonaban de esta manera, y conservaron la naturaleza divina de que eran partícipes, todo les salia á satisfaccion, como ya hemos dicho. Pero cuando la esencia divina se fué aminorando por la mezcla continua con la naturaleza mortal; cuando la humanidad la superó en mucho; entónces, impotentes para soportar la prosperidad presente, degeneraron. Los que saben penetrar las cosas, comprendieron que se habian hecho malos y que habian perdido los más preciosos de todos los bienes; y los que no eran capaces de ver lo que constituye verdaderamente la vida dichosa, creyeron que habian llegado á la cima de la virtud y de la felicidad, cuando estaban dominados por una loca pasion, la de aumentar sus riquezas y su poder.

Entónces fué cuando el dios de los dioses, Júpiter, que gobierna segun las leyes de la justicia y cuya mirada distingue por todas partes el bien del mal, notando la depravacion de un pueblo ántes tan generoso, y queriendo castigarle para atraerle á la virtud y á la sabidu-

ría, reunió todos los dioses en la parte más brillante de las estancias celestes, en el centro del universo, desde donde se contempla todo lo que participa de la generación, y teniéndolos así reunidos, les habló de esta manera.
.

FIN DEL TOMO VI.

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	<u>PÁGINAS.</u>
Argumento del Político.....	9
El Político.....	17
Argumento del Timeo.....	131
Timeo.....	147
Argumento del Critias.....	267
Critias.....	269
